
La Vampira

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7563

Título: La Vampira

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 16 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 16 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Vampira

Extraordinariamente alto, extraordinariamente flaco, el rostro surcado en todo sentido por innumerables arrugas, los ojillos grises, ensombrecidos por el zarzal de las cejas; la cara larga y huesuda, color de cobre oxidado y salpicada de como masiegas la corta y rala barba cenicienta: tal era don Epifanio Magallanes.

Hombre malo no fué nunca; pero sí siempre adusto, avaro de las palabras hasta el punto de suplirlas por gestos las más veces.

En su casa jamás hubo una fiesta; domingo, días patrios, Navidad, carnavales, y hasta los aniversarios familiares, pasaban inadvertidos: el calendario era allí completamente innecesario

A la pulpería iba de tarde en tarde y muy de mañana, para hacer sus compras, vender sus frutos o arreglar sus cuentas, empleando en ello el menor tiempo posible, rehusando siempre cualquier invitación que se le hiciera. Si le ofertaban un cigarrillo, respondía invariablemente:

—Gracias, no sé fumar.

Si a servirse de una copa:

—Gracias, no sé beber.

Y tampoco sabía tomar mate, y, claro está, mucho menos jugar a ningún juego de naipes.

Con sus peones era un tirano manso; no los gritaba, no los retaba nunca, pero exigía el máximun del trabajo, y la falta más insignificante era motivo de inmediata destitución. Y hay que agregar el parsimonioso racionamiento, la absoluta prohibición de tertulias, de juegos y jaranas.

Y, sin embargo, no le querían mal; pues les constaba que esa severidad y aquella tacañería no provenían de él. Aquel tirano, seco de alma como de

cuerpo, era un miserable esclavo de su odiosa mujer, misia Camila, a quien los peones, entre sí, y con recelosa reserva, llamaban la «Vampira».

Cuentan de ella que fué siempre una chica voluntariosa y de cascos livianos, criada sin gobierno, pues su padre—viudo al cabo de tres años de matrimonio—tenía en el alma—al decir las gentes—más vicios que pulgas caben en el cuerpo de un perro.

Epifanio se enamoró de la cervatilla, y el padre de ésta, arruinado y que tenía necesidad de recurrir a expedientes tenebrosos para dar satisfacción a sus sensualismos irrefrenables, acogió con entusiasmo el proyecto matrimonial, rehusado violentamente por Camila.

—¿Qué mejor partido vas a esperar?... Yo estoy fundido; cualesquier día me quitan el campo, hacienda cuasi no tengo, crédito menos. Epifanio es rico...

—¡Y feo!—replicó ella colérica.

—¡Cabeza de chorlito!... Un hombre rico nunca es feo, de la misma laya que una mujer rica nunca es fea ni vieja, anqu'esté picada 'e viruelas, tuerta, sin dientes y con más años que un yaribá de treinta varas de alto!...

—¡Además, es zonzó!...

—La zonza sos vos. ¿De qué t'iba valer que juese rico si juese vivo?...

El casamiento se efectuó, contra la obstinada resistencia de Camila y malgrado los amorosos consejos de doña Emilia, la madre de Epifanio, que con su buen sentido presentía una unión desastrosa.

Desde su instalación en la estancia, Camila emprendió su obra de dominación, obra fácil en virtud de la debilidad de su marido. Su táctica fué aislarlo. El estanciero tenía por mayordomo al viejo Luis, que lo había sido de su padre y en quien depositaba absoluta confianza.

A fuerza de insidias, en una constante guerra de alfilerazos, obligó al buen viejo a marcharse.

—Patrón—le dijo un día;—m'hijo Pedro, que tiene una estanzuela en Las Palmas, m'escribe qu'está enfermo y que vaya a cuidarle sus animalitos... Usted comprende...

Magallanes comprendió muy bien, pero no tuvo valor para imponerse y asintió en el silencio.

Luego le tocó el turno a Jacinta, la hermana de Epifanio. Tímida como éste, soportó resignadamente los agravios y las humillaciones a que la sometía sin tregua su irascible cuñada. Nunca protestó, contentándose con ir a llorar junto a su madre, resignada como ella al sacrificio en obsequio al hermano cautivo.

Sin embargo, como todo, hasta la abnegación tiene su límite, la mártir partió un día para ir a pisar una semana en casa de su tía; y no regresó más.

Quedaba solamente la anciana y la «Vampira» se ensañó con ella, a quien las negras y mulatas de la servidumbre faltaban descaradamente al respeto. Servíanle frío, lavado, escaso de azúcar, el mate que constituía su único vicio; y si protestaba con timidez, las famulillas replicaban con insolencia:

—¿Y qué quiere?... Tenemos otras cosas que hacer...

Tenían, en efecto, otras cosas que hacer: estar de tertulia con «la señora», con las tres hermanas de ésta, convertidas en directoras de la estancia.

Retraída a sus habitaciones, consumida por la pena y la vergüenza, doña Emilia falleció pocos meses después de partir su hija.

—La «Vampira» nos va comiendo a todos, uno después de otro—dijo el tapecito Dionisio.

El nuevo mayordomo, hechura de Camila, un indio grandote con cara de asesino, lo oyó, y descargándole un terrible golpe en la cabeza con el mango del talero, le gritó furioso:

—¡Limpíate la boca, trompeta, p'hablar de la patrona!... Y aurita mesmo vas a ensillar y a mandarte mudar de aquí!...

Muerta misia Emilia, la estancia quedó enteramente a merced de la terrible intrusa. Su padre se instaló en la casa, dedicándose a cuidar parejeros, bien alimentados a maíz y alfalfa, pues tenía carta blanca en la pulpería

Los hermanos de Camila, en compañía de amigotas y amiguitas, vivían en fiesta perpetua. Todo el día, naípe y beberaje, y por las noches, comilonas que terminaban en orgías presididas por la «Vampira».

En cuanto a Epifanio, había llegado a ser una «cosa», una pulpa, sin voluntad, sin autoridad, de quien nadie hacía caso. Pasaba casi todo el día vagando por el campo, de donde regresaba al anochecer. Comía unos trozos de asado, en la cocina, de pie, e iba luego a acostarse en el cuartito alejado que otro tiempo ocupó el viejo capataz. Presa del insomnio, rebelábase, hervía en indignación, proponiéndose enérgicas resoluciones para el día siguiente. Pero al día siguiente encontrábase más débil e irresoluto, más impotente y resignado con su miseria...

En el amanecer de una noche crapulosa, el padre de Camila, tambaleante, con el rostro descompuesto por el efecto del alcohol, puso las manos sobre los hombros de su hija—que se encontraba casi en igual estado—y le dijo con supremo cinismo:

—¡Esto es divertirse!... ¿Has visto lo que vale casarse con un hombre rico... y zonzo? Aura te acordarás de mi consejo... Un padre nunca, aconseja mal a sus hijos...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.